

La educación de los hijos

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle/

No. 22, 1996, oct, pp. 67-73

Vera humanitas. Revista de la Dirección de Humanidades

ISSN

DOI

ISSN

Handle
repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle/

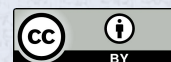
ENLACES

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle/

ORCID:

Licencia de Atribución Creative Commons 4.0

CC BY 4.0



Este documento se puede descargar y compartir con otras personas, siempre que se reconozca su autoría.

La educación de los hijos

Ohannes Bulbulian Garabedian

*The education from parents to
children seeks the total forma-
tion of man as a son of God,
having as its goal to humanize
the person so he may have a
moral awareness of his free and
responsible existence.*

**"Obedecer dócilmente.
Pero con inteligencia, con amor
y sentido de responsabilidad,
que nada tienen que ver
con juzgar a quien gobierna".**

En la carta de los derechos de la familia, del 22 de Octubre de 1983, presentada por la **Santa Sede** a todas las personas, instituciones y autoridades interesadas en la misión de la familia en el mundo contemporáneo, se señalan algunos de los rasgos de lo que la Iglesia entiende por libertad de enseñanza.

Así, se indica que *los padres tienen derecho a educar a sus hijos conforme a sus convicciones morales y religiosas.. y “de elegir libremente las escuelas u otros medios necesarios para educar a sus hijos según sus conciencias. Las autoridades públicas deben asegurar que las subvenciones estatales se repartan de manera que los padres sean verdaderamente libres para ejercer su derecho, sin tener que soportar cargas injustas”*. Al mismo tiempo, se insiste en la importancia de la participación al señalar que *“el derecho primario de los padres a educar a sus hijos debe ser tenido en cuenta en todas las formas de colaboración entre padres, maestros y autoridades escolares, y particularmente en las formas de participación encaminadas a dar a los ciudadanos una voz en el funcionamiento de las escuelas y en formulación y aplicación de la política educativa...”*.

Las declaraciones y Tratados Internacionales que se refieren a la definición y protección de los derechos humanos, hacen referencia con profusión a los derechos relacionados con la educación de los hijos.

Esta insistencia se basa en que la educación no es obra del individuo, sino de la sociedad. **La familia**, célula básica de la sociedad, tiene el **derecho** y el **deber original** y primario en la **función educativa**.

La experiencia nos demuestra que todas las veces que se ha tratado de quitar o restringir

**“Los padres
tienen el
derecho a
educar a su
hijos
conforme a
sus
convicciones
morales y
religiosas”.**

este derecho a la familia, las consecuencias han sido adversas y han conducido a resultados tristes.

Obligación de la familia a educar a los hijos

El Concilio Vaticano afirma que: *La verdadera educación propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y el bien de las sociedades de las que el hombre es miembro y en cuyas responsabilidades participará cuando llegue a ser adulto.*

La **educación** consiste, al mismo tiempo, en preparar “para participar en la vida social, de modo que, bien instruídos con los medios necesarios, puedan adscribirse activamente a los diferentes grupos sociales, estén dispuestos para el diálogo con los demás y presten su colaboración al logro del bien común”



La Iglesia también define educar como “*formar al hombre desde dentro para liberarlo de los condicionamientos que le pudieran impedir vivir plenamente como hombre*”

De todo lo dicho anteriormente se deduce que, ya que Dios ha concedido a la familia la posibilidad de traer al mundo nuevos seres, y estos deben recibir la existencia con todas las precauciones para poder ser personas humanas íntegras, sanas y saludables, tanto física como intelectual y moralmente, esta obligación de la familia se extiende también a la educación que deben recibir, principalmente en las etapas iniciales de su desarrollo, sin la cual no podrán acceder a un desarrollo normal

La proliferación de las drogas, los pandilleros y de los niños infractores, nos demuestra un descuido en esta obligación.

La formación integral

La visión cristiana de la educación parte de una visión integral del hombre y de la promoción humana, superando un equilibrio simplemente humanista, pues busca la **formación total del hombre**: Naturaleza y gracia, espíritu y cuerpo, interioridad y exterioridad, individualidad y sociabilidad. La educación cristiana prepara al hombre para la realización integral de su vocación como hijo de Dios.

La educación *“humaniza y personaliza al hombre cuando logra que éste desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, haciendo fructificar en hábitos de comprensión y de comunicación con la totalidad del orden real por los cuales el mismo hombre humaniza su mundo, transforma la sociedad y construye la historia”* nos dicen los miembros de la reunión de Puebla.

Si es verdad que sólo se realiza una obra propiamente educativa cuando se ayuda a crecer en *“humanidad”* cuando se actúa por la *“génesis de la persona”*, todo esto se alcanza, en sentido estricto,

cuando se hace una obra de iniciación en el obrar ético, es decir, en un obrar capaz de actuar, en lo vivo de la historia personal y comunitaria, una existencia de valor y de significado globalmente humano; una **existencia libre y responsable**.

En esta línea, la finalidad propia y última de la educación se podría definir como la promoción, en el educando, de la capacidad de decisiones responsables, con todo lo que esto supone y condiciona.

La responsabilidad significa ser y sentirse autor de sus propios actos. Es capacidad de presencia personal, racional y libre de *“responder”*, de rendir cuentas así mismo y a los demás y, en sentido más preciso al mundo, a la historia, al otro que es Dios.

Es claro que no es posible una libertad responsable sin una identidad personal y social satisfactoria.

Educar querrá decir, entonces gradual y continua promoción de la autonomía personal, ayudando a superar tanto la dependencia como la dispersión anónima en otros, en el grupo, en la masa; pero al mismo tiempo, sosteniendo y promoviendo la formación de una profunda conciencia cívica y la participa-

ción en el proceso histórico común de crecimiento personal y social.

Una libertad responsable supone también la capacidad de saber mirar de cara, a la realidad circundante, humana, social, ambiental, histórica, celestial y del momento presente. La tarea de la educación conllevará en consecuencia, el sostener en el aprendizaje de los aspectos y principios de valor, presentes en la vivencia de la propia experiencia y que reclaman una introducción innovadora en el tejido de la existencia personal y comunitaria.

Educar en la libertad responsable querrá decir también, previamente **formar** en las actitudes de respeto, de aprecio, de compromiso, de fidelidad, de apertura a los otros y a los valores presentes en los mismos educandos y en torno a ellos; y en las responsabilidades, mediante la inserción gradual en estructuras e instituciones, y mediante la participación en las decisiones y en las actividades de los grupos o de las comunidades en las que cada uno vive.

“La verdadera educación se propone la formación de la persona humana”.

En consecuencia, formación integral significa:

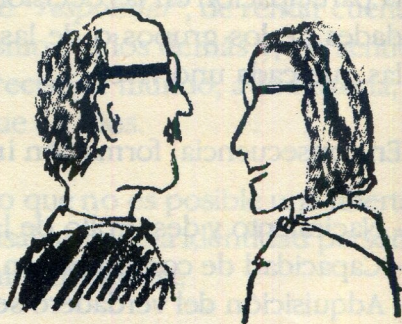
- Nacimiento y desarrollo de la conciencia personal.
- Capacidad de comunicación.
- Adquisición del verdadero sentido de la libertad.
- Capacidad para tomar las decisiones adecuadas.
- Responsabilidad en y de sus actos.
- Alcanzar la autonomía personal.
- Saber mirar de cara las realidades de la vida.
- Adquisición de hábitos y actitudes de respeto, fidelidad y comprensión.
- Inserción en los grupos sociales en los que se debe vivir.

Educación para la justicia y la paz

Juan Pablo II dice: *"Familia, tú tienes una misión de importancia primordial. Contribuir a la construcción de la paz que es un bien indispensable para el respeto y desarrollo de la misma vida humana. Consciente de que la paz no se obtiene de una vez para siempre, nunca debes cansarte de buscarla. Jesús con su muerte en la Cruz, ha dejado su paz a la humanidad, asegurando su presencia perenne, exige esta paz, reza por esta paz, trabaja por ella."*

Vosotros, hijos, abiertos hacia el futuro con el ardor de vuestra juventud, llena de proyectos e ilusiones, apreciad el don de la familia, preparaos para la responsabilidad de construirla o promoverla, según las respectivas vocaciones que Dios os conceda. Fomentad el bien y el pensamiento de paz."

Vosotros, abuelos, que con los demás parientes representáis en la familia vínculos insustituibles y preciosos entre las generaciones, apostad generosamente vuestra experiencia y el testimonio para unir el pasado con el futuro en un presente de paz."



Ante las situaciones de violencia e injusticia que lamentablemente abundan en la actualidad no podemos dejar de lamentar el descuido de este deber por parte de las familias; el niño por el sentimiento de su debilidad, dependencia y urgente crecimiento, está llevado a buscar la satisfacción de sus necesidades ante todo, si en esas circunstancias no se le educa en las condiciones que requiere una comunicación adecuada y a pensar en los demás, tiende a

volverse egoísta y agresivo; la misión de la familia consiste en infundirle el sentido de justicia, de colaboración y de amor a los demás, factores indispensables para una convivencia cristiana.

Resumen

La educación que los padres den a los hijos es una preparación para la vida social. Como familia deben buscar la formación total del hombre como hijo de Dios, una educación que tenga como fin el humanizar a la persona que tenga conciencia de su existencia libre pero responsable a la vez. Tomando en cuenta que la mejor enseñanza es el ejemplo.

Esta libertad responsable implica conocer la realidad de nuestra sociedad, mantener nuestros principios de valor en nuestras vivencias. El fin de la educación es el de una convivencia cristiana.

Bibliografía

Concilio Vaticano II

"Constitución Pastoral Gaudium et Spes"

Roma, 1965.

Juan Pablo II

"Exhortación Apostólica Familiaris Consortio"

Roma, 1981.

Paulo VI

"Humanae Vitae",

Roma, 1968.

... los pueblos que no aprenden
de los errores de su pasado,
están condenados a repetirlos